

ellos daño de nuestros amigos en viendo tremolar aquella bandera. Dióselo al punto su señoría, recibéndola ellos con mucho gusto y aplauso. La segunda, que se computasen los días que habíamos nosotros de gastar en el camino, por que ellos se dispusiesen también en ellos y se acercasen á dar el albazo por esta parte á tiempo que nosotros demos por la otra: computamos los días y ellos pidieron les diésemos tantos palitos cuantos días habíamos computado, que como se pasase el día arrojarían un palito y pasado otro día otro, hasta que faltasen seis para acercarse á Yamoriba; eran los días de nuestro cómputo, doce precisamente necesarios para la vuelta que habíamos de dar, y contando ellos los palitos pidieron al señor gobernador los llegase hasta quince por si las mulas se nos fatigasen con el mal camino y heladas; plúgole al señor gobernador admirado su buena prevencion y discurso, y en nombre de su majestad prometió darles por cada cabeza de tepehuan que le guardasen para dársela cuando nos encontrásemos, cuatro hachuelas, cuatro cuchillos, cuatro coas y machetes y un vestido de zayal, cosas que ellos grandemente estiman y con que se animaron estrañamente, dióle despues de esto al principal y á otro moso su dendo y compañero dos capisallos de paño fino, cuchillos, pañuelos y otras cosillas; vinieron á esto algunos de ellos y otro de nuestros amigos y trocaron entre sí sus drogas celebrando ventas y contratos, señal inviolable de firme paz entre estos bárbaros; dispararon luego nuestros españoles su arcabuceta en señal de contento y ellos levantaron un algarada y por gran rato retumbaron aquellos peñascos y quebradas. Despedimos con esto, quedándose ellos en sus rancherías y volviéndonos nosotros á la nuestra con mucho gusto y contento.

No dejaré de contar un caso que aquel día nos sucedió, por ser evidente muestra del coraje y dolor que con estas cosas concibió el demonio. Había entre aquellas dos rancherías un jacal donde había vivido el tlamatoni ó profeta de estos indios con el demonio que se les vende por Dios y se les muestra.

Supliqué al señor gobernador tuviese por bien su señoría se quemase aquel jacal por haber sido morada del demonio. Dió su consentimiento y quemáronle con notable gusto y alegría de todos: llegamos á nuestra ranchería y estando comiendo sin saber cómo ni por donde, se prendió fuego en una de aquellas casas sin bastar apagarle todo el campo y cuando en mayor fuerza iba el incendio, se levantó una ventrisquera que le echaba á las otras y las abrazara á no poder toda diligencia emperrecharlas con cueros y aparear el fuego. Vióse obligado el señor gobernador á enviar á nuestro intérprete otra vez á la ranchería de nuestros nuevos amigos á informarles de lo sucedido afirmando no había sido á mal hacer, y prometiendo pagar al dueño la casa. Respondieron que les pesaba que el señor gobernador hubiese recibido pena por aquel pequeño desmán, que no estaban aquellos montes tan faltos de madera ni ellos tan ocupados que no harían luego aquella casa de nuevo; que fuese su señoría con todo gusto que ellos le tenían muy grande de haber merecido verle: tan buen entendimiento como este tienen nuestros buenos amigos los humes.

Luego aquel día como á las doce dimos la vuelta por nuestro real, y caminando con toda diligencia apenas desandamos dos leguas de tan agrias subidas, que yendo á pié apenas podíamos estar en él sin caer ni rodar, llegando bien noche al primero puesto que tuvimos la que llegamos á Guarizame. Pasamos aquella noche muy penosa y rigurosa por un desabrido Norte que corriendo toda ella á la mañana nos echó á cuestras una terrible helada sin tener otra resistencia ni abrigo, desde el señor gobernador hasta el soldado, que peñas y nuestros capotes, sin que cenar la noche ni almorzar por la mañana, cojimosla para subir á pié una bien larga cuesta de legua y media, y despues por otras barrancas dimos la vuelta á nuestro real donde hallamos mucho deseo por nuestra vuelta y muertas muchas mulas por las terribles heladas de aquellos días y noches: descansamos allí otro día sábado á diez y siete de Marzo, y yo di-

je una misa *in gratiarum actionem* á la Santísima Virgen por el buen suceso que nos dió en Guarizame.

Sucedió aquel dia á la tarde un caso que nos dió mucho gusto y motivo de alabar a Nuestro Señor y porque mejor se vea su providencia con que sustenta á sus criaturas y da de comer, diré primero lo que nos sucedió en el camino al salir de Guarizame.

Traía un indio amigo, muy guardado un poco de maiz que habia ahorrado para su sustento, y en cierto paraje alborotóse el caballo que traía el maiz, dió en respingar y derramólo por el camino, quería el indio cojerlo y diéronle voces lo dejase porque no se detuviese y quedase solo á riesgo de la vida, y pasando yo á poco rato dije, déjelo, que no faltará para quién sea; así fué, porque aquella tarde del sábado llegó á nuestro real un pobre mulatillo del capitán Gaspar Dávila llamado Domingillo que cautivaron los indios en Santiago Papasquiari cuando mataron á su amo. Este mulatillo de doce á trece años estaba en los picachos de Sariana en poder de tepehuanes, y como oyó decir habian llegado españoles á Guarizame, huyóse de sus amos que le buscaron á gran cuidado, y él por no ser hallado estuvo tres dias en una cuesta sin comer, y siguiendo despues de ellos nuestro rastro hubiera perecido de hambre á no depararle Nuestro Señor aquel maiz derramado *dispersit dedid Pauperibus*, comió de él y á poco rato se encontró con una yegua que dejamos cansada y subiendo en ella vino con presteza á tiempo que encontró nuestro real traspasado de hambre en los puros huesos, y preguntádole el señor gobernador qué haria si nos hubiésemos partido á Guadiana, dijo seguiria nuestro rastro; preguntándole qué comeria, respondió que tierra, por verse libre de tan mala gente como los tepehuanes, ó moriria en la demanda.

Amaneció el domingo diez y ocho de Marzo y el real comenzó á marchar con todo recato en cumplimiento de nuestro concierto; despachó el señor gobernador á todas partes espías

para que por aquellos picachos, sotos y encrucijadas de caminos no hubiese recelo de espía contraria que viese nuestra derrota y diese aviso al enemigo. Caminamos hasta los veinticuatro sin que nuestras espías viesen por todos aquellos contornos indio ni rastro de él, hicimos alto este dia á una jornada de Zapiuris, pueblo de xiximes alzados y confederados con tepehuanes. Allí pareció conveniente poner todo cuidado en cojer por aquellas travesías un indio desmandado que nos diese noticia del camino para Yamoriba y de la ranchería de tepehuanes y así el señor gobernador señaló el capitán Gonzalo Martín de Soria, hombre valeroso y de gran cuidado, que con veinte españoles y ochenta indios cojió todos aquellos picachos y barrancas y encrucijadas de caminos, sin ver persona viviente hasta en los veintisiete en la noche que el alférez Bernabé de Arriola, bajando por unos ágricos picachos con seis españoles y quince indios se acercó á media legua del pueblo con tan buena fortuna que en un jacal cojió á la media noche dos indios y una india con una criatura á los pechos que estaban allí haciendo una roca para su sementera, dió sobre ellos con sin ser oido ni visto y al maniatarlos les taparon las bocas porque no gritasen y dió con ellos en el real caminando el resto de la noche y otro dia hasta las doce. Tuvimos un muy alegre dia con los nuevos prisioneros, y tan poco de comer que no habiamas que carne de caballos que mataban los soldados para su sustento y la comian con tanta alegría y gusto como si fuera de faisanes sin haber quien desplegase la boca á queja alguna. Pues luego que llegaron los presos á la presencia del gobernador se desmayaron de temor, de manera que cayeron sin poder hablar palabra, fué necesario darles de comer algo y confortarlos y apartando uno de otro los examinó y ambos últimamente convinieron en una misma cosa. Dijeron que Zapiuris estaba poblado de xiximes y que si su señoría se disponia á darles albazo los darian á las manos; que Yamoriba distaba de aquel puesto tres dias de camino tan ágrico y dificultoso que no

le habia peor en aquellas serranias, que los tepehuanes distaban de Yamoriba otros dos dias de camino en unos picachos altisimos que en su lengua llaman Sariana, ofreciéndose á guiar mas no á entregar la ranchería por la vigilancia con que andaban los tepehuanes, especialmente despues de muerto Gogito, cosa que afirman les habia causado un temor horrible. Bien pudiera el señor gobernador ponerse luego en camino y aquella noche sobre el pueblo de Zapiuris á la mañana en un albazo no dejar persona habida con tan buenas guias, mayormente por estar ausentes del pueblo, no habian echádoles menos, mas por cumplir el orden del señor virey de llamar de paz á todas las naciones confines á los xiximes, tomando acuerdo su señoría dispuso la cosa de esta manera.

Al capitán Tomás García dió cuarenta españoles y ciento treinta amigos, mandóles aprontarse luego para Sariana con orden de caminar aquellos tres dias valientemente y ponerse el sábado último de Marzo en la noche sobre la ranchería de tepehuanes en Sariana para darles albazo domingo al romper el dia por ser el citado con nuestros amigos los humes. Dióle en Collera los dos indios presos llamados Francisco y Martín para que de ellos enviase antes de dar asonada á Yamoriba á Francisco á llamar de paz á los moradores xiximes de aquel pueblo, asegurándoles no recibirian daño de nuestros españoles como ellos quisiesen bajarse de paz y no ayudar a tepehuanes, y dejando á este indio para esta diligencia, llevaba orden de pasar con el otro Martín por guia á Sariana y con estos dos indios bien saneados de que el perdon que se ofrecia era de veras, y de que en ninguna manera les haríamos mal á sus xiximes como ellos quisiesen ser amigos y así iban con gusto y alentados. A la india, por nombre Maria, envió su señoría á Zapiuris con una carta en señal á que llamase de paz á sus moradores y otro dia en el resto del campo que eran bien pocos soldados, se partió en pos del capitán Tomás García para guardarle las espaldas en cualquier acontecimiento y haberles con

los de Yamoriba en caso que maleasen; llegamos el sábado bien cerca de Yamoriba y otro dia por la mañana dejando su señoría el real y en él poca gente partió al pueblo como un rayo para darles en el ínterin que mas adelante la compañía de Tomás García las habia con los tepehuanes llegando la compañía del señor gobernador á Yamoriba siguiendo el rastro de los compañeros que iban delante que estaba bien señalado porque aquellos tres dias con sus noches nunca cesó los dias de llover y las noches de nevar con tan gran frio que jamás he sentido, hallamos el pueblo quieto y los indios de aquella ranchería muy benévolos, y antes de decir el suceso digo que aquella tierra es al modo de Guarizame, el traje, language y género de gente dócil aunque la tierra es muchas veces mas agria que Guarizame y á esta causa habian los tepehuanes mudándose á ella pensando hallar seguridad en su maleza.

Es, pues, el caso que el bueno y nuevo amigo Mehigua, gobernador de Guarizame con cincuenta de los suyos llegó el dia antes á cojerles á los tepehuanes los picachos de su retirada y siendo descubierto por los de Humase, Yamoriba y Zamoitua de tal suerte los tlatoleó, poniéndoles delante los agravios que de tepehuanes habian recibido todos en comun, el mal que les amenazaba de su amistad y de la enemistad con españoles de quienes él se profesaba ya tan amigo, que pondrian él y los suyos la vida por ellos en todas ocasiones; hablóles con tanta autoridad dándoseles tanto á temer que les hizo tomar las armas y emboscarse por aquellas barrancas para no dejar tepehuanes á vida cuando se retirasen del albazo, á esto se llegó el tlatole que les dió Francisco nuestro prisionero que les confirmó notablemente. Llegaron, pues, todos á un tiempo indios y españoles á cerrar con la ranchería, mas los tepehuanes como recelosos, no fiándose de los picachos y naturales de la tierra temiendo hacer las paces con Mehigua y humes, sin ser oidos ni vistos ni dar cuenta á persona viviente dos dias antes dejando fuegos encendidos, dos por una parte y cuatro por otra por no de-

jar rastro salieron por muy ágríos picachos á tierra fuera, dejando la tierra que con razon tuvieron por mal segura por los innumerables trabajos que en son de amistad habian hecho aquellos que le eran vecinos y propios. Encontráronse con nuestros españoles Mehigua y sus humes que tomaban el cielo con las manos de la prevencion de los tepehuanes, y todos juntos se vinieron para el señor gobernador á Yamoriba trayéndose tambien á los naturales, que bien se lamentaban de no haber tomado venganza de los agravios recibidos de los tepehuanes. Vinieron todos con notable alegría de ver al señor gobernador en su tierra, dispararon sus escopetas todos nuestros españoles y ellos y nuestros indios amigos dieron su algaraba abrazándonos unos y otros, y sentándose Mehigua con el señor gobernador les habló en esta manera:

Que fuese su señoría muy bien venido, que no se alegraba menos de verle que si viese resucitado su padre; pero que le amaba como á las lumbres de sus ojos y deseaba se ofreciese ocasion para servirle y mostrar lo que amaba á los españoles; que los tepehuanes se habian escapado aquella vez de sus manos con harto dolor de su corazon, mas que Dios seria servido que algun dia pagasen como Gogojito, que de sí y sus humes aseguraba á su señoría les seria siempre enemigo, matando á cualquiera que se atreviese á entrar en su quebrada y enviando la cabeza ó cabezas á Guadiana que recibiese su señoría su buena voluntad y la de su gente, que con mucha prontitud habian venido á servirle en aquella ocasion y que en pago de ella, solo suplicaba se mostrase su señoría padre con los de Yamoriba y humase sus vecinos á quienes habia traído de paz como prometió y vendrian á ver á su señoría. Retornole el señor gobernador otro tanto agradecimiento de su buena voluntad, prometiendo de serle padre y que en todas ocasiones le favorecería, perdonando por su interseccion aquellos delincuentes, mas que los de Cocoratome queria ir al punto á castigar la amistad que con tepehuanes habian tenido y que el con sus hu-

mes habia de ir en nuestra ayuda á este efecto que se dispusiesen á ello. Pidió entonces el Mehigua perdon por aquella gente, asegurando á su señoría que aunque los vecinos de Cocoratome hablaban tepehuan, eran humes como ellos y parientes de su gente, que juntamente con ellos habian ya hecho amistad con su señoría y españoles y que el no haber parecido era de miedo de sus delitos y temor de no haber visto españoles en su vida, mas que él los traeria á todos á que viesen á su señoría y le diesen la obediencia si su señoría se dignaba dar otra vuelta hasta cerca de Guarizame á un puesto señalado cerca de donde mataron á Gogojito, y pidióme á mí intercediese por aquella gente, y el señor gobernador le dijo que por su interseccion los perdonaba, con tal que saliesen con los capitanes de dicho Cocoratome al lugar señalado, pidiendo les señalásemos dia; señalósele su señoría, dándoles veinte dias de término que habriamos menester para asentar la paz con Yamoriba, Yamoitua y Zapiuris y dar la vuelta á Guarizame. Pidió con esto licencia el valeroso y cumplido Mehigua para dar la vuelta con su gente, diósele su señoría, y con mucho agrado se despidió abrazando á su señoría, á mí y á los capitanes.

Pasamos lo que quedaba del dia espantándonos de ver la maleza de la tierra, la altura de sus picachos tan inaxesibles, la profundidad de sus barrancas y la mano de Dios que allí reconocimos claramente, que á unirse tepehuanes, humes y xiximes, todo el poder del rey nuestro señor no era bastante á contrastarlos sin mucho estrago que en nosotros harian estos indios. Enviónos avisar el principal que no venia aquel dia por andar juntando todos los capitanes de aquellas rancherías y con ellos vendria el dia siguiente por la mañana, como lo hizo, porque como á las nueve vino acompañado de setenta principales, todos embijados, con arcos, flechas y lanzas á guisa de pelear. Estaba el señor gobernador en una casa capaz y muy agradable; llegaron ellos á la puerta, mandóles entrar y ellos arrimando los arcos y carcajes, iban entrando abrazando á su señoría

y á mí: sentáronse todos por su órden, y el principal es un viejo de hasta sesenta años llamado Mibayhuet, mandó á un indio de los suyos que diese la bienvenida al señor gobernador, hizolo el indio con gran muestras de alegría, respondiéndose de nuestra parte y mandó su señoría decirles lo mismo que á los de Guarizame asentando la paz con las mismas condiciones que con los humes. Habló despues de esto el gobernador de Humase, por nombre Maicohueta y con las mismas condiciones admitió la paz prometiendo todos de ser eternos amigos nuestros y enemigos de los tepehuanes, y volviendo su plática á mí me dijeron todos aquellos principales que estaban sumamente agradecidos del buen oficio que habia hecho con su señoría, alcanzando perdon á sus delitos y que los españoles los llamasen de paz y que ellos me daban su palabra que luego que cojiesen sus sementeras irian por los padres de San Hipólito y los traerian en hombros á sus tierras, harian iglesias, oirian sus sermones y se harian cristianos como sus vecinos los de Zapiuri y Guapijupe, que les escribiese que con toda seguridad podian entrar en sus tierras y á ellos tenerlos por hijos, y como á tales mandarles. Agradeciles aquella buena voluntad exhortándoles á poner por obra sus buenos deseos, cuando el principal y gobernador de todos, el viejo Mayhuel, tomó la mano con mucha autoridad é hizo un largo tlatole al señor gobernador significándole lo mucho que se habia alegrado de aquellas paces, que él procuraria portarse de manera que no desmereciese la amistad tratada, y vuelto al señor gobernador le dijo que estimase mucho la confianza con que se habian venido á poner en sus manos y entra lo en su presencia sin armas, mayormente viéndose rodeados de tantos españoles y teniendo tan fresca la matanza de sus parientes, amigos y vecinos se habia hecho en Tacotilma, que allí veria lo que le amaban y cómo de veras admitian la paz y se profesaban amigos de españoles; agradeciéndoles el señor gobernador la confianza, y dándoles algunas cosillas los envió muy contentos, y tanto que con mucha

familiaridad se pusieron á comunicar con nuestros españoles, comprando y vendiendo todo aquel dia y pidiendo muy encarecidamente que en señal de alegría disparasen las escopetas, hiciéronlo y ellos dieron sus alaridos, con que resonaron aquellas quiebras y mostraron recibir gran contento.

Tuvo noticia el señor gobernador que estaban entre estos de Yamoriba retirados de su pueblo, dos indios principales cabezas de Zapiuri, y uno de ellos como al descuido habia enviado á un hijo entre los de Yamoriba para ver como se habian con ellos nuestros españoles, llamandose estos dos Jurapel y Baucamani. Preguntó su señoría por ellos, y el gobernador de Yamoriba dijo que estaban en su ranchería, atemorizados por sus delitos; suplicó por ellos y certificado el perdon mandó los fuesen á llamar, no vinieron con todo los dos hasta que nuestro intérprete Bautista, pidiendo un arcabuz, fué á donde estaban y tantas cosas supo decirles y aseguróles tan bien, que se animaron á venir y así jueves 5 de Abril por la mañana vinieron á presencia del señor gobernador con singular contento de su señoría y todos nosotros, porque todo el saneamiento y seguro de estas paces consistió en haber parecido estos dos; llegaron algo turbados particularmente el Tucapillo por ser el mas delincuente y principal motor del alzamiento, y á esta causa no osaba alzar los ojos del suelo, ni pudo hablar á derechas en gran rato, mayormente haciéndole una gran acusacion de sus delitos, de que le hizo largo catalogo el señor gobernador, exajerándoselos mucho, para que cayese mejor el perdon que le hizo de todos ellos con las condiciones que á los demas, prometieron sernos amigos hasta la muerte, y en testimonio de ello pidieron licencia para partirse á su pueblo de Zapiuris para tener junta la gente para cuando fuésemos á él, fuéronse al punto y nosotros aliñando nuestra partida tambien salimos aquella tarde, en la cual hicimos harto en subir una sola cuesta de tres leguas que subimos á pié con gran trabajo y mayor admiracion de los naturales, que jamas se persuadieron que españoles tre-

parian por aquellas breñas, mas de esto quedaron bien desengañados y especialmente que unos soldados en busca de bastimento entraron á lo interior de aquella serranía á pié y subieron por escaleras que ellos tienen en las mismas peñas y no todos las suben aun entre ellos en busca de maiz que rescataron y fué tanta la admiracion que los naturales se vinieron con ellos y les trajeron á cuestras el maiz, diciendo al señor gobernador cuan lijeros, valientes y comedidos habian andado aquellos españoles y cuanto se habian holgado verlos subir aquellos picachos, sacando mentirosos á los tepehuanes que les habian certificado no valen españoles cosa alguna en sierras aunque son valientes en los llanos.

Llegamos otro dia á nuestro real que estaba con cuidado de nosotros, descansamos lo que nos restaba de dia y otro de mañana tomamos el camino para Zapiuris, este dia sucedió una cosa de mucho gusto y buena fortuna para nosotros, y fué que tres indios amigos entre otros que iban por delante espiondo dieron en un rastro de ganado que pocos dias antes habia entrado por allí, vinieron como unos rayos á dar aviso al señor gobernador que al punto con solo diez hombres que con él estábamos y estos tres indios siguió el rastro por aquellas breñas, á media legua caminada encontramos dos reses muertas y mas adelante una mula flechada, mas adelante otra ensillada y con tan evidente rastro de enemigos íbamos como unos rayos en su seguimiento, caminamos por la tierra mas áspera que ví en mi vida siete bien largas leguas bajando al fin de ellas una cuesta tan á pique que parecia imposible dejar de rodar allí nuestras mulas; bajamos á pié las mulas de diestro y á poco rastro dimos en un vallesito donde vimos una partida de ganado de cien reses, bien cansado y destroncado del mal camino, cerramos con la partida á los tepehuanes que la habian traído, concibieron tan gran temor, que no osaron esperarnos un momento ni osaron dar siquiera un grito; partimos por aquel valle unos á rodear el ganado, otros en busca de los enemigos y el señor

gobernador con solos dos soldados siguiendo el rastro de los que huian se dejó caer por una quebrada y corrió tras ellos una larga legua con el valor y esfuerzo que tiene este caballero y es verdad *coram Deo* que me ha espantado notablemente; esperamos á su señoría largas dos horas bien cuidadosos del suceso guardando cada uno su puesto, cuando al cabo de ellas le vimos por aquellos picachos buscando en ellos al enemigo. Llegó finalmente á nosotros y diónos nueva de la lijereza de los tepehuanes con que se habian escapado por pies, y con esto tratamos de descansar en sus propios ranchos senando aquella noche aunque era viernes de Ramos una muy buena ternera. Y pues llegamos á este punto ninguna cosa mas me ha espantado en esta jornada que el ánimo y tolerancia con que así el señor gobernador como los soldados comieron hasta aquí solo muy poco esquite y carne de caballos con tanta alegría como si comieran perdices, que parece que en premio de esta prontitud de ánimo nos trajo este ganado el que da de comer *in tempore oportuno*. Velámosle aquella noche con cuidado y otro dia de mañana le fuimos sacando á nuestro real, y para que mas claro viésemos que Nuestro Señor nos habia enviado aquel refresco sucedieron dos cosas. La una que acaso entre los diez que hicimos esta jornada venian cinco famosos vaqueros señores de estancias, criados en este ejercicio. La otra que quitamos á los enemigos yeguas y caballos lijeros en que rastrear el dicho ganado: llegamos con él aquella cuesta á pique que el dia antes bajamos con recelo de que allí nos salieran indios, y á esta causa el señor gobernador tomó la vanguardia y el primero de todos con su mula de diestro y la escopeta en la mano subió á ganar los altos, seguimosle sin ver tepehuan, que como gente ruin no se atrevió á venirnos á pedir cuenta de la presa, siendo así que la cuesta es tal que pocos que salieran nos dieran bien que hacer, subió el ganado, que todo era del fierro de Gaspar Dávila y yendo con él para nuestro real vimos cruzar un indio de un monte á otro como un viento, fui-

mos volando en su alcance, quiso Dios que le hubiésemos á las manos sin valerle su lijereza y resistencia que hizo, púsolo su señoría á cuestion de tormento y desatónos el sueño de aquel ganado de esta manera:

Dijo ser natural de Zapiuris, donde dijo tambien nos estaban aguardando para recibir la paz, que aquel ganado habian traído tepehuanes, que pocos días antes habian ido á vaquearlos á los llanos en la luna nueva, y sin saber de nuestra entrada, muerte de Gogojito y retirada de los suyos, habia tres días entraron con él por diferente camino que nosotros enviando á Yamoriba un xixime de allí que llevaron por auxiliar á que ganase las albricias de la llegada del ganado, mas nuestros nuevos amigos los de Yamoriba leyeron la cartilla de las nuevas paces á su natural, mandándole se quitase y no volviese otra vez á los tepehuanes, con quienes no querian trato, amistad ni comercio, amenazáronlo de muerte si así no lo hiciese, mas él á escusas de los suyos dió con presteza la vuelta á los del ganado, avisóles de nuestra entrada, y como distaban de nosotros solo seis leguas, llegó á tiempo que los halló bien medrosos, y cuidadosos por haber ya dado con nuestro rastro, y al punto con toda prisa guiaron el ganado por aquellos picachos y quebradas para esconderlo de nuestros ojos, mas aprovechóles poco su diligencia y á nosotros tanto la nuestra, que á no quitarles aquella presa nos veríamos en notable riesgo de perecer de hambre, porque no habia ya caballos que matar para nuestro sustento ni otra cosa que comer, tanto que desde este día hasta la fecha de esta, solo ha comido el campo carne sin pan ni maíz ni otra cosa alguna con que han enfermado muchos sin dejar por eso de acudir valerosamente á toda ocasion de trabajo. Llegamos aquel día á nuestro real y cuando nuestros españoles y hambrientos vecinos nos vieron venir con la presa del ganado, saltando de puro contento, disparando su escopeteria y dando nuestros indios su algazara y mil parabienes todos al señor gobernador y á los que le acompañamos. Luego al pui-

to su señoría mandó al capitan Tomás García congregase su escuadra de indios y españoles, y matando las vacas necesarias para el camino se partiese otro día siguiendo á toda prisa el rastro de los tepehuanes fugitivos que su señoría el día antes habia seguido con órden de no pasar hasta darles alcance; preparóse al punto el capitan, y otro día al romper el alba se partió á cumplir su órden, y nosotros al pueblo de Zapiuris mandando su señoría al capitan Alonso Hernandez Castellanos, capitan veterano de singular esfuerzo y gobierno, que con el real marchase á lo alto del pueblo y aguardase allí mientras su señoría con su gente y el capitan Alonso Martin bajáramos al pueblo. Este pueblo de Zapiuris de cristianos que bautizó y doctrinó el santo padre Hernando de Santaren, aunque como gente belicosa luego que vieron los tepehuanes concluyeron con la guerra acudieron al reclamo y se alzaron con los vecinos de Basis y parte de los de Guapijuje, todos los de Huahuapa y Tenchius amparando en su tierra los tepehuanes y dándoles ayuda á sus faenas y á esta causa pocos meses ha el capitan Jucane por órden de su señoría entrando por la parte de San Hipólito les dió un famoso albazo, matando muchos en él y continuado otros sin que por eso los que se escaparon dejasen de ser merecedores de semejante castigo por su alevosia y traicion, mas el gobernador por cumplir el órden del señor virey, pudiéndolos acabar, bajó esta vez á perdonarlos.

Luego que bajamos al pueblo donde vimos la iglesia quemada y destruida paramos en una de sus rancherías y al punto pararon en presencia del señor gobernador los dos principales Tocapel y Bauc mani con las arengas que esta gente acostumbra, pidiendo perdon para sus naturales y vecinos prometiéndoles la obediencia en adelante de manera que bastase á hacer echar en olvido sus culpas y allevos; alcanzó de su señoría con las condiciones que las demas naciones, añadiéndoles la de reedificar la iglesia y reducir al padre Pedro Gavira, su padre, que hasta aquí ha estado en el fuerte de San Hipólito sin sus feli-

grees bien afligidos por verlos perdidos, prometieron hacerlo añadiendo ellos de su motivo se congregarian de todas aquellas rancherías, todos al rededor de la iglesia que harán, poblando un solo pueblo, cosa que aunque sumamente lo deseó el padre Santaren de buena memoria, jamas la pudo alcanzar de ellos; pidieron á su señoría les señalase puesto cómodo para esto; mas remitimoslos á los padres mandándoles no se apartasen un punto de su voluntad: prometieronlo así pidiendo licencia para ir por los suyos que viniesen á dar la obediencia y recibir el perdón de su señoría, fueron y á poco rato vinieron todos los hombres, mujeres, niños y viejos y con todas muestras de alegría abrazaron á su señoría, besándome á mí la mano; exhortélos á todos á la paz y amistad con españoles, poniéndoles delante lo mal que les iba con lo contrario á la obediencia de sus padres, á la devoción con Nuestro Señor y sus cosas á la reedificación de su iglesia, mostrando ellos mucho deseo de enmendarse en todo; con que para otro dia de mañana dispusimos nuestra vuelta para dar con nosotros en la tierra de tepehuanes y no dejarlos ni á sol ni á sombra en todas partes.

Pues porque esto fuese con mas acierto dispuso la cosa el señor gobernador de esta manera:

Al capitán Gonzalo Martín de Soria, despachó de-de allí con su escuadra de españoles y amigos por el camino de San Hipólito con órden de que corriese los pueblos de xiximes amigos, por confirmarlos en nuestra amistad y darles aviso de las paces con los rebeldes y corridos Gaapijuje, Gucayas, Sta. Fé, Campana, los Remedios, San Pedro y Coapa, pueblos de xiximes, se entrase en tierra de tepehuanes dando vuelta á la sierra de Arratia, guarida cierta de esta mala gente, Santa Catalina, Trancosa, Organos, saliendo últimamente á las Cruces para fin de Abril ó 1º de Mayo, pues el capitán Tomas García que se encaminó en pos del rastro de los tepehuanes del ganado, llevaba órden de seguirlos hasta darles alcancé, corriendo despues

los puestos de Ramos, Fuenterrabia y Texamen, saliendo á las Cruces tambien á fin de Abril ó principios de Mayo.

El señor gobernador con el resto del campo tomó á su cargo correr los picachos de la salida de las peñuelas quebradas de Yoracapa, Tenerapa, Vasapa, Vaquitame, los dos Papasquiaron, nuevo y viejo, lugares todos de tepehuanes y centro de ellos. Prometiò salir á las Cruces para el tiempo citado, y con estas correrías ceñiamos todos á un tiempo toda la tierra tepehuana sin dejarlos sosegar en parte alguna. Partiòse el capitán á San Hipólito y nosotros á nuestro real con harto trabajo porque subimos á pié una cuesta de tres leguas bien ágrías y difíciles, admirándonos mucho de la aspereza de aquella tierra particularmente de un portezuelo que está en medio de la cuesta tan á pique que parece milagro subir por allí bestias y que con solo diez indios en su cumbre lo pueden defender de diez mil hombres. Luego que llegamos al real enviò su señoría las espías, acostumbradas á todas partes y nosotros otro dia corriendo todas aquellas serranías, íbamos dando la vuelta para los puntos que nos parecia bien. Corrimos de esta suerte hasta la junta de dos sendas, la de Yamoriba por donde veniamos con la de Guarizame sin hallar por todos aquellos picachos, barrancas y quebradas no solo un indio pero ni aun rastro de él.

En esta junta de caminos dejamos nuestro real á cargo del capitán Castellanos y con solo diez hombres tomó el señor gobernador la senda de Guarizame, pareciendo á todos casi temeridad empeñarse con tan poca gente en tierra tan ágría y breñosa á riesgo de haberlas con todos los tepehuanes que se habian retirado y habia gran sospecha estaban agachados por aquellos riscos y quebradas. Caminamos tres dias al cabo de los cuales llegamos á una penosa cuesta en que remata una profunda quebrada de donde iba saliendo y subiendo nuestro mal Gogojito cuando le mataron. Pusimos por nombre á este puesto la Quebrada de la justa Venganza por la que Nuestro Señor tomó allí de éste su enemigo y nuestro. Pues luego que llegamos á